

La Codoñera: un enclave natural en el corazón de la Comarca

Javier Soriano Ibáñez

Reportaje fotográfico: José María Peguero y JAP

Situada en el centro de gravedad de la comarca, la finca de la Codoñera es un espacio natural de indudable interés, que quizás, creemos, no sea suficientemente conocida.

Para mejor ubicarla contaremos con la ayuda del río Ecuriza, que tiene el privilegio de ser el que más kilómetros recorre por la comarca; aunque algunos veranos especialmente secos cueste adivinar su curso.

Desde su nacimiento en las estribaciones de la sierra de San Just, y tras penetrar por el sur en el término de Gargallo, el río Ecuriza atraviesa, con obstinado rumbo norte, buena parte de la comarca de Andorra-Sierra de Arcos, hasta entregar sus aguas al Martín, ya en las proximidades de Ariño. En su recorrido Sur-Norte divide en dos mitades casi simétricas el territorio comarcal.

Siguiendo su curso, y después de dejar atrás las localidades de Gargallo y Crivillén, incrementa su exiguo caudal con el aporte del río Estercuel, que un poco antes ha regado las huertas del convento del Olivar. Cerca de éste podemos disfrutar ya de una amplia panorámica de la Codoñera; para ello hemos de subir por una pista que, partiendo un poco antes de llegar al convento, a la izquierda, nos acerca a lo alto de Moncoscol: balcón privilegiado sobre la finca que tendremos que compartir con los buitres, sus auténticos moradores, que allí contemplan el paisaje. Panorámica amplia, la perspectiva que ofrece del trazado del río y su soto es difícil superar.

La confluencia de los ríos marca el extremo sur de la finca; por el norte, el embalse del Ecuriza establece los límites. Aguas abajo,

en la margen derecha, acotando la estrecha vega, una cornisa caliza apenas surcada por algún barranco encauza las mansas aguas hasta su entrada al embalse por el estrecho. Aquí la naturaleza se muestra caprichosa: pliegues apretados de rocas calcáreas se suceden formando un laberinto por el que se abre paso el río. Por la margen derecha, procedente de los Mases de Crivillén llega al embalse con su modesto tributo el río de los Mases, labrando pequeños y fértiles vagos en su corto trayecto. Cualquiera entienda que cuando hablamos de ríos nos estamos refiriendo a pobres regatos, ascendidos de categoría debido a la aridez de la tierra que los circunda.

A este y oeste del eje trazado por el río se extiende la finca, ocupando mayor superficie en la parte occidental, repartida por los términos municipales de Oliete, Alcañete y Estercuel. La masa boscosa que puebla la finca (con predominio del pi-

no, aunque abunda la sabina y el enebro, encina y coscoja así como matorral bajo), se aclara en los límites occidentales dejando el protagonismo a los cultivos de secano. En la parte oriental, más quebrada, la finca penetra por los términos de Alloza y





Crivillén. Cerca de las minas de caolín próximas a los Mases de Crivillén podemos tomar una de las pistas (aconsejable hacerlo andando) que permite el acceso al parque por este lado.

LA HUELLA DEL HOMBRE

Los vestigios de presencia humana en la finca son abundantes y remotos. Las posibilidades de encontrar abrigo, defensa y comida, así como la proximidad de agua, hace suponer a los especialistas que pudo haber vida durante el paleolítico en los abrigos localizados en la cornisa caliza cercana al río. Sí puede asegurarse la existencia de poblados iberos, reconocidos y catalogados por el patrimonio arqueológico.

En la margen izquierda, en un altozano al lado del camino que bordea el río, en su parte norte, encontramos una serie de tumbas antropomorfas talladas en la roca. El origen de esta pequeña necrópolis podría ser medieval o visigodo.

Tenemos que esperar la llegada del siglo XV para encontrar documentos en los que aparecen nombres propios relacionados con la finca (denominada la Codoniera) y sus titulares. Así, en un testamento otorgado ante el notario de Zaragoza don Lázaro Marcén, el día 18 de diciembre de 1422, el propietario resulta ser Don Berenguer de Bardaxí, Justicia Mayor del reino de Aragón. En los siglos siguientes la propiedad de la finca pasa a los herederos que resultan de matrimonios entre miembros de la nobleza aragonesa, linajes conocidos: Marqueses de Cañizar, Palafox, de Lazán, se suceden como propietarios.

En el siglo XIX, tras la primera guerra carlista y las desamortizaciones, el Marqués de Lazán y el municipio de Oliete se ven





El auge de la resinera proporcionó trabajo y vida a la finca, teniendo en cuenta lo artesanal de la explotación y las condiciones en que se realizaban los transportes en aquellas fechas, así como el aislamiento de la finca y su lejanía de los mercados. Hay quien dice que bien pudieron trabajar hasta cuarenta personas. A lo largo de la tercera década del siglo la actividad inicia un lento declive hasta su cierre definitivo.

En cuanto al aprovechamiento agrícola de la finca podemos decir que es marginal y está muy condicionado por la abrupta orografía que presenta buena parte de la finca. En las zonas limítrofes occidentales se cultiva cereal de secano, y en el pasado, la viña tuvo bastante más presencia que en la actualidad. Unos cuantos apicultores distribuyen sus colmenas, aprovechando la abundancia de romero y tranquilidad del lugar. En la vega del Escuriza, las plantaciones de chopos, como en tantas riberas,

envueltos en varios litigios por la Codoñera y la dehesa del Río Seco, finalmente resueltos a favor del Marqués.

Es hacia finales del siglo XIX cuando la comunidad de regantes de Híjar plantea la conveniencia de regular las aguas del río Escuriza y decide acometer los pantanos. El proyecto inicial contemplaba la construcción de dos embalses: el primero, en el lugar que ocupa el actual. El segundo, situaría la presa a continuación, aguas arriba, en el lugar denominado el Estrecho. Esta segunda presa acabaría desestimándose. Para la ejecución de la obra se constituyó la Junta Central del Sindicato de los Pantanos de Híjar y se procedió a la compra de los terrenos que habría de anegar el pantano, por los que en el año 1880 la Junta pagó la cantidad de 16.504 pesetas a los entonces propietarios, D^a Joaquina Rebolledo Palafox y su marido, el conde de Bureta.

La construcción del embalse modificó sustancialmente el entorno elegido, al ocupar unas 35 hectáreas de superficie. La presa, situada en el término de Alloza, cierra la garganta por la que se abre paso el río en medio de un macizo calizo que limita el embalse por el noroeste. Buena muestra de obra civil de finales del siglo XIX, la presa está rematada por dos torres en el coronamiento, actualmente en un estado de total abandono.

Unos años después, la finca pasa a ser propiedad de una Sociedad Resinera que, procedente de Bilbao, inicia su explotación. La recolección de resi-

na, mediante el sangrado de los pinos, y su tratamiento para la obtención de aguarrás, constituirá su actividad. Para tal fin la empresa construye un complejo de edificaciones –planta para el tratamiento de la resina, almacenes, alojamiento para trabajadores y cuadras para los animales–, situados al norte de la finca, en las proximidades del pantano. El testimonio de esta época, que cambia significativamente los usos que tradicionalmente se le habían dado, lo proporciona un conjunto de ruinas diseminadas por el pinar, en medio de las cuales se alza una espléndida chimenea circular construida en ladrillo, que sorprendentemente ha resistido los embates del tiempo y el olvido, aunque ya va necesitando un poco de atención, y que bien merece figurar en un catálogo de arqueología industrial.

se han erigido en cultivo dominante.

Tras el paréntesis que supuso la resinera, la finca ha seguido siendo fundamentalmente un coto de caza. Antes y después sus dueños han podido disfrutar de un coto en que abundaba el conejo y la perdiz. En los años sesenta los propietarios organizan cacerías en las que tienen ocasión de compartir emoción con notorios personajes. La asistencia del Marqués de Villaverde, reconocido depredador, no es sorpresa entre los que se encargan de preparar el terreno para disfrute de tan ilustres escopetas. En los entreactos los guardas pueden hacer provisión de caza, que venderán en los pueblos limítrofes.

Actualmente en el coto encuentra refugio ideal el jabalí.





PRESENTE Y FUTURO

En los años setenta la minería del carbón experimenta un auge en la comarca. La subida de los precios del petróleo revaloriza el sector y las empresas mineras toman posiciones. En 1978 la empresa SAMCA (Sociedad Anónima Minera Catalana Aragonesa) compra la finca de la Codoñera en un movimiento estratégico por el control de los posibles yacimientos de carbón que pudiera albergar. Han pasado los años y los cambios habidos en la minería del carbón han sido muchos y de calado. El paraje ha quedado, por el momento, al margen de los caprichos de la coyuntura económica.

Pasan las estaciones, la sabina avanza lentamente, el bosque se cierra. La naturaleza prosigue su curso en este hermoso paraje. Sin embargo, aunque el futuro se presente incierto, entre los distintos horizontes que pueden ofrecerse nos gustaría proponer alguno para su consideración: ¿podemos suponer la posibilidad de una iniciativa comarcal que se plantee el rescate de la finca y apueste decididamente por su conservación y mejoramiento?, ¿cabe pensar en un gran espacio comarcal destinado al fomento del respeto por la naturaleza y su disfrute? El futuro está abierto y entre todos tenemos que construirlo. ■

Dos propuestas para conocer la Codoñera

La primera ya os la hemos contado: Moncoscol. Una vista imprescindible desde el exterior de la finca.

La segunda parte del cruce de Crivillén: tomamos un camino asfaltado que conduce a las minas de arcilla y los Mases de Crivillén. En el primer cruce nos desviamos por la primera pista más triada que encontramos a la izquierda. Cuando la pista se va adentrando en el bosque mixto (pino –amenazado por el muérdago–, enebro, sabina, carrasca...), recorre un tramo por un amplio cortafuegos de reciente construcción, que marca el límite con la finca. Pasaremos al lado del corral de la Val de Mateo y continuaremos por la pista principal hasta que desciende hacia la izquierda buscando el Escuriza. Un poco antes de cruzar el río, a la izquierda del camino hay una pequeña fuente. Desde aquí, aguas abajo verás el Estrecho. Tras de vadear el río seguimos por la pista que sube a la derecha para encontrar enseguida las construcciones de la Codoñera (no pasar por alto la hermosa chimenea de la antigua resinera).

Puedes acercarte a la orilla del pantano (toma la pista que se inicia al lado un cobertizo próximo a la casa del guarda, y hazlo andando). En todo este tramo podrás ver: jabalíes, cabras montesas, liebres, zorras, perdices, palomas, patos y alguna rapaz. Si no, observarás y podrás descubrir sus rastros.

Retomamos el camino, de vuelta al río, y antes de cruzar tomamos la primera pista aguas arriba hasta encontrar unas señales que nos avisan de las tumbas medievales, al lado del camino y cerca de una monumental carrasca.

Sólo queremos ofrecer una referencia, a partir de la cual vosotros, con facilidad, podréis encontrar nuevos recorridos.